

# El fugitivo

## *Sobre la obra pictórica de Javier Arévalo*

Ernesto Lumbreras

### 1. LA BODA DEL SEDENTARIO Y EL NÓMADA

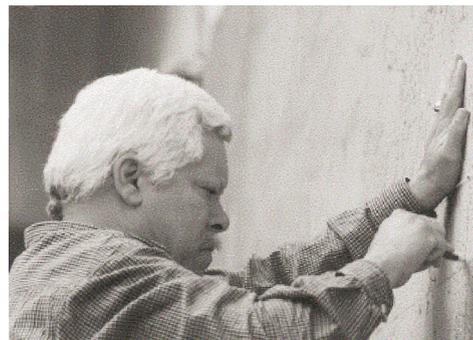
En el trabajo de todo gran artista la paradoja es matriz de innumerables hallazgos. La obra de Javier Arévalo (Guadalajara, Jalisco, 1937) surge, a menudo, de esa fértil contradicción que sabe reunir “maneras de ver el mundo” de difícil asociación entre sí.

Revisando catálogos de su pintura observo, por ejemplo, la feliz confluencia del sedentario y del nómada en su visión de mundo. Esos dos conceptos poseen varios desdoblamientos pero resumen la constante bipolar del movimiento y la fijeza. Tanto la experiencia de uno como la del otro han permeado los papeles y telas del artista tapatío y dispuesto, como decantación alquími-

ca, su paleta cromática y sus investigaciones pictóricas.

La movilidad puedo entenderla, con mayor claridad, en su itinerario plástico regido por una curiosidad ilimitada de búsquedas formales, apropiaciones y renunciaciones teóricas, prácticas de cuadros seriales que se agotan para ceder su turno a otras propuestas —muchas veces— totalmente distintas a la que relevan. En el catálogo *Solas las cosas van diciendo* de la exposición en el Instituto Cultural Cabañas del 2001 se dejaba entrever la anotada radicalización; en las páginas de aquel volumen —y también de aquellos muros— coexistieron cuadros de varios discursos pictóricos que legitiman, a mi parecer, el armónico sincretismo. Por una parte, la presencia de obras como “La hija de su madre”, “Mujer liberada” o “Atásquense ahora que hay lodo”, de generosa gama colorida y registro figurativo hacían coro con cuadros de propuestas más austeras en su representación plástica y que rondaban la abstracción; la serie de la puertas de 1997 es un buen ejemplo de ese seductor repliegue de formas y cromos.

La alternancia del nómada y del sedentario se localiza, asimismo, en su biografía que para el caso de Arévalo se mezcla, hasta confundirse, con su pintura. Vida y obra participan por lo tanto de esta doble experiencia. Los viajes constantes del pintor se conectan entonces con la renovada mudanza de su plástica; sus necesarios regresos y entrañables estancias en México activan su memoria fundacional —la infancia, el paisaje del terruño, el imaginario tribal— y apuntalan el indispensable centro para ejercitarse en el difícil arte de la quietud y de la contemplación.



Javier Arévalo, *Mujer liberada*, s/f

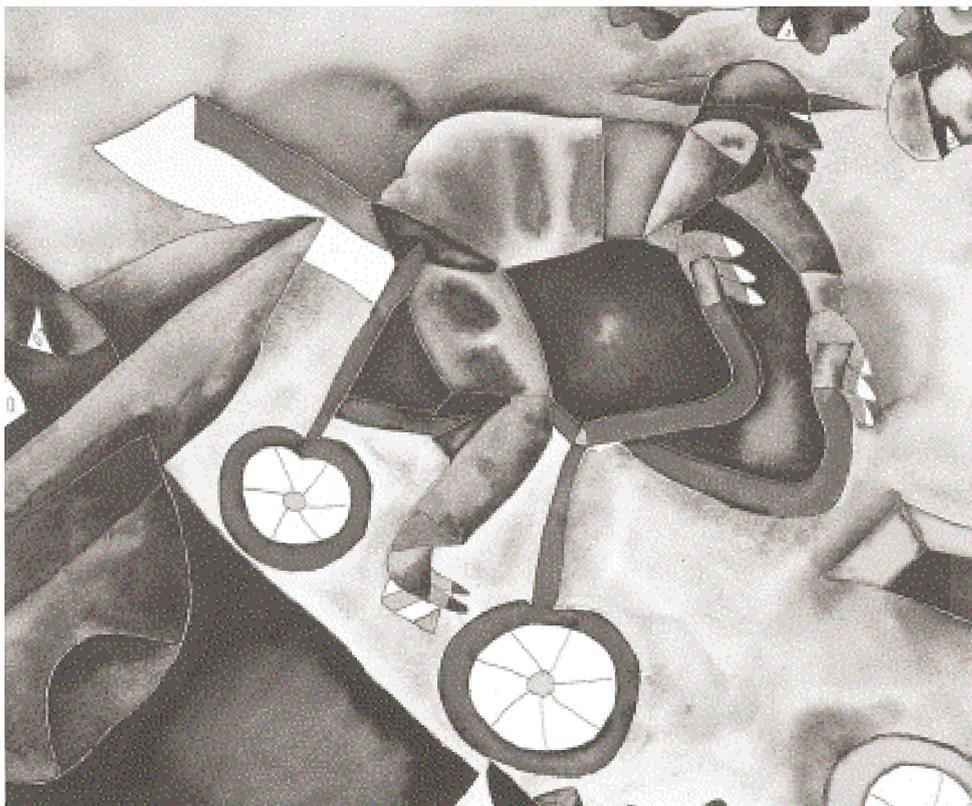
## 2. METÁFORAS DE LA CUEVA

En 1997 Javier Arévalo tomó como casa, por varios meses, una cueva frente a la ribera del lago de Chapala. Allí pintaría una serie de cuadros esenciales para su obra actual. ¿Por qué eligió el nómada una cueva como casa? Allí, en la cueva de Coxala, pintaría una colección de cuadros esenciales para su obra actual. Allí, en esa oquedad rocosa, el pintor encontraría las visiones premonitorias para su obra futura.

La caverna de Platón y las pinturas rupestres de las grutas de Altamira me salen al paso al momento de escribir estas líneas. Para el filósofo la realidad de la cueva era falsa. Para los artistas primitivos la realidad dibujada y coloreada en las entrañas de la tierra era la única verdadera puesto que los ponía en contacto con la realidad divina. Para el pintor jalisciense la comunión con el mundo de la cueva le re se yó, para seguir con el juego de símbolos, un segundo nacimiento; no es casual, por lo mismo, reparar que durante su estadía en la cueva de Coxala uno de los iconos más constantes en su pintura fuera la mujer. Desde esa óptica vemos la caverna como un vientre preñado, a imagen y semejanza de la extraordinaria acuarela “Mujer preñada” de 1997, pintada ahí mismo, en la cueva ribereña que reúne, míticamente, a todas las cuevas del mundo.

## 3. UN PINTOR QUE HACE PUERTAS

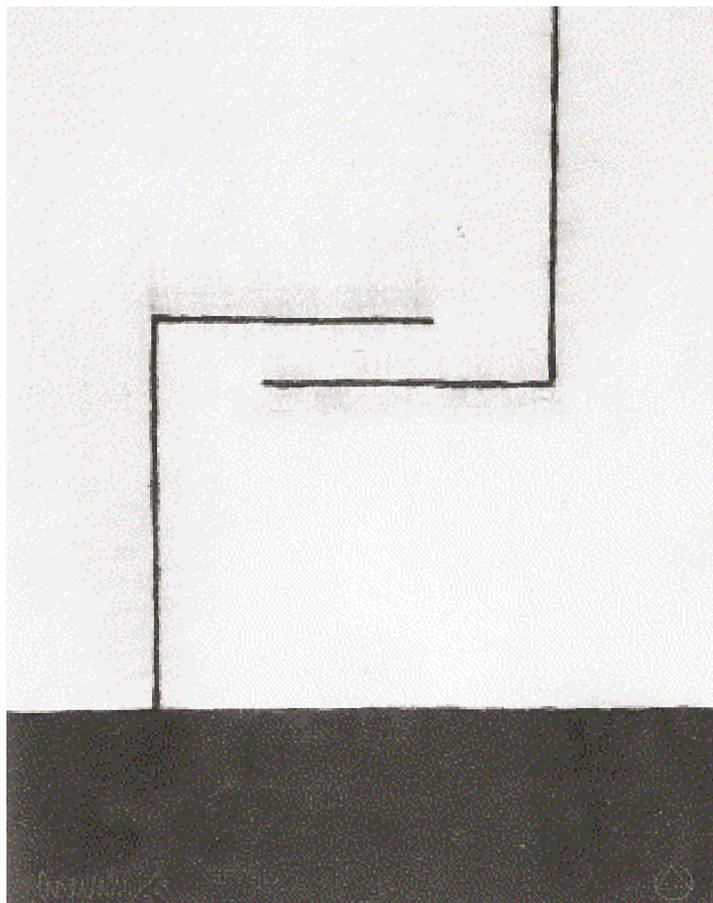
Jean Michele Basquiat pintaba sobre puertas blancas sus pesadillas, sus ocurrencias y sus juegos secretos. August Rodin consagró años importantes de su vida a esculpir “La puerta del infierno”, sabiendo que tras de ese umbral se hallaba la desolación más absoluta. Entre 1946 y 1966 Marcel Duchamp trabajó en una obra inclasificable: *Dados*: 1º. *La Cascada*, 2º. *El Gas Alumbrada*, en esta pieza, exhibida en el Museo de Arte de Filadelfia, el montaje tridimensional de la misma incorpora una puerta cerrada, con un par de orificios sobre la cerradura que invitan a una visión sublime y perturbadora. Javier Arévalo pinta elementales puertas monocromáticas y bicolores para entrar y salir del misterio, de la pasión, del cielo o de la nostalgia. Para el mexicano esas sen-



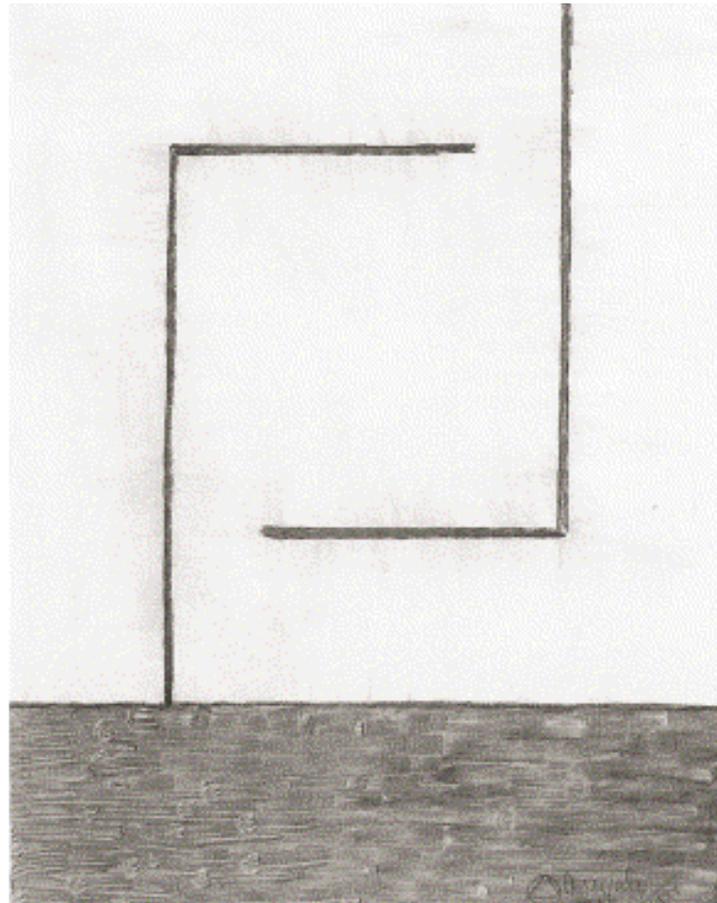
Javier Arévalo, *La acuarela más grande del mundo*, 1980



Javier Arévalo, *La inmortalidad del cangrejo*, 1997



Javier Arévalo, *Signo*, 1998



Javier Arévalo, *Si-g-no*, 1998

cillas puertas cerradas —me atrevo a decir, cerradas momentáneamente— concentran una agobiante expectación para sus observadores. ¿Están sin abrir porque guardan presencias devastadoras o beatíficas para los que nos hallamos afuera? Esos portones cerrados ¿protegen a los de adentro de una eventual invasión a cargo de los que nos encontramos del otro lado?

#### 4. COLORES PRIMARIOS

En la pintura de Chucho Reyes Ferreira y Juan Soriano se perciben “goces de la luz” de Jalisco; el arte popular, los mercados, el paisaje, las fiestas profanas y religiosas de la tierra nativa penetraron la sensibilidad de estos dos artistas. Reconozco que en el caso de Arévalo, buena parte de sus colores primarios devienen también de la patria chica; a este patrimonio cromático inicial,

dada su condición de nómada irresoluto, se sumarían los colores de otras tradiciones: el bullicioso colorido indígena de los estados del centro y del sur del país, el de la pintura latinoamericana, el de la plástica europea, el del arte minimalista japonés, entre otras vertientes. Sin embargo, difícil negar “la cruz de su parroquia”: Javier Arévalo es un pintor luminosamente jalisciense; muy seguido, sus colores primeros lo delatan.

#### 5. LO ÚLTIMO EN APRENDER ES LO PRIMERO QUE APRENDIMOS

Viendo la obra de sus dos últimas exposiciones, *De todas formas... Javier Arévalo me llamo* del Museo José Luis Cuevas y *Yo el pintor Arévalo presento Hembra y Macho* del Espacio Reforma de Oaxaca, percibo un proceso de “desaprendizaje” en las coor-

denadas de la filosofía Zen. En esta etapa, el artista poco a poco se ha ido distanciando de la figuración, despojándose de realidades culturalmente familiares al ojo; instalado en un espacio donde convergen la abstracción y la geometría, ha emprendido el viaje de regreso —un desplazamiento hacia el origen— pintando cuadros que, lejos de cualquier representación, el ojo aprehende a partir del trazo de líneas o de la superficie de figuras básicas para cualquier civilización: líneas curvas y rectas, círculos, cuadrados, rectángulos o poliedros, la mayoría dentro de una paleta que aspira al monocromatismo.

Arte primitivo o de la infancia o de lo esencial. Esta etapa reciente de Javier Arévalo muestra, en todos sus plenos poderes, una de las aventuras plásticas más dinámicas y, por lo mismo, más propositivas de la pintura mexicana actual. **U**

Javier Arévalo pinta elementales puertas monocromáticas y bicolors para entrar y salir del misterio, de la pasión, del cielo o de la nostalgia.